

LA ESCULTURA EN HUESO

Los mochicas hallaron en los huesos de seres humanos, de llamas, de animales pequeños y de aves, en las cornamentas de los venados y en los dientes de los lobos marinos, un excelente y abundante material para la manufactura de sus utensilios.

De los huesos humanos, especialmente del húmero y del fémur, hacían quenás (flautas): seccionaban las protuberancias de los extremos y empleaban sólo la parte cilíndrica central para hacer el tubo del instrumento; éstas eran decoradas con dibujos geométricos grabados. Del mismo material hacían espátulas, de las que se servían los escultores para el modelado de sus obras; en este caso, sólo cortaban uno de los extremos, a fin de utilizar la cabeza del húmero y la cabeza y el trocante mayor del fémur para esculpir en ella sus más atrevidas composiciones (Fig. No. 73).

Utilizaban los huesos más pequeños, así como los de la llama, para hacer espátulas de menor tamaño y otras herramientas a las que daban forma cilíndrica y que terminaban en punta. Estas mismas las empleaban los escribas para hacer los puntos y rayas sobre los pallares. Todos estos utensilios remataban en motivos escultóricos (Fig. No. 74).

El material óseo y la superficie suave de éste se prestaron para que los mochicas pusieran una nota de arte en los objetos de uso común y que manejaban a diario. De allí que adaptasen sus concepciones artísticas a la forma caprichosa y particular de la materia prima que utilizaban (Fig. No. 75).

Encontramos representaciones humanas y zoomorfas en bulto; manos y brazos admirablemente esculpidos (Figs. Nos. 76 y 77); escenas complicadas tanto de la vida cotidiana como de carácter religioso; relieves, calados y, por último, instrumentos cubiertos de dibujos grabados con incrustaciones de turquesa, concha de perla y pirita.

De la base de los cuernos de los venados machos que cazaban confeccionaron los artísticos mangos de estólica que aparecen en la figura No. 78. Son acaso éstas las obras más completas de escultura en hueso que hallamos como exponentes de esta civilización. En ellas, el artista mochica, en su anhelo de embellecer aún más sus creaciones, emplea pintura roja y negra para hacer resaltar las incisiones (Fig. No. 79).

La pieza más interesante que posee el Museo

Arqueológico Rafael Larco Herrera es la fotografiada en la figura No. 80, esculpida y calada en un cuerno de venado. En ésta vierte el artista mochica toda su fuerza imaginativa. Aparece en ella un individuo semidesnudo en cuclillas con los brazos abiertos, mientras que una serpiente mitológica lo ataca, asiéndole de una de las orejas. El ofidio, que posee brazos, se apoya sobre la cabeza de un mono, y el resto de su cuerpo es sostenido por tres pájaros que lo mantienen en alto por medio de sus picos. Apoyado sobre la serpiente se halla un felino, representado en el instante que devora a un individuo que se defiende con los brazos de los ataques del animal. Composición audaz y en la que el artista mochica ha tenido que adaptarse a la forma del hueso, sin dejar de cuidar por ello la belleza y armonía del conjunto.

Los astiles de balanza, piezas rectangulares de 20 a 25 centímetros de largo, por 3 de ancho, de grosor uniforme y cuidadosamente pulidos, eran ornamentados con motivos geométricos en relieve, entre los que encontramos signos escalonados, meandros y grecas. A fin de hacerlos resaltar, pintaban los planos bajos de verde y rojo. La mayoría de estas piezas de balanza son caladas en la parte superior, de modo que dan la apariencia de que los hombres y animales, que por lo general servían de ornamentación, estuvieran parados sobre el astil, equilibrando el peso a ambos lados.

Los mochicas fueron excelentes caladores. Dibujaban primero sobre el hueso los motivos decorativos; después, ayudados por finos taladros (cuyas huellas encontramos aún en algunos trabajos) perforaban el hueso siguiendo las líneas trazadas, hasta dejar libre el dibujo de todo exceso de materia (Fig. No. 81). Extraída ésta, recortaban cuidadosamente con cuchillos los bordes interiores, hasta dejar la superficie sin asperezas. La figura No. 82 nos presenta una de las mejores obras de este arte. En el extremo de la cuchara hecha de un segmento de cuerno de venado, el tallador ha formado eslabones de cadena entrelazados unos con otros, siendo todo una misma pieza.

La madreperla fue utilizada para hacer collares, petos, brazaletes y adornos con los que cubrían la indumentaria que llevaban puesta en ocasiones importantes.

A las conchas se les quitaba las capas exteriores hasta dejar el nácar perfectamente pulimentado. En este estado, la plancha era recortada para darle forma de rectángulos, cuadrados, trapecios, triángulos, círculos y variadas combinaciones de motivos geométricos. En las piezas más



Fig. No. 73.- Espátula de hueso utilizada por el escultor mochica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-025)



Fig. No. 74.- Herramienta para hacer incisiones en los palleares.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-039)

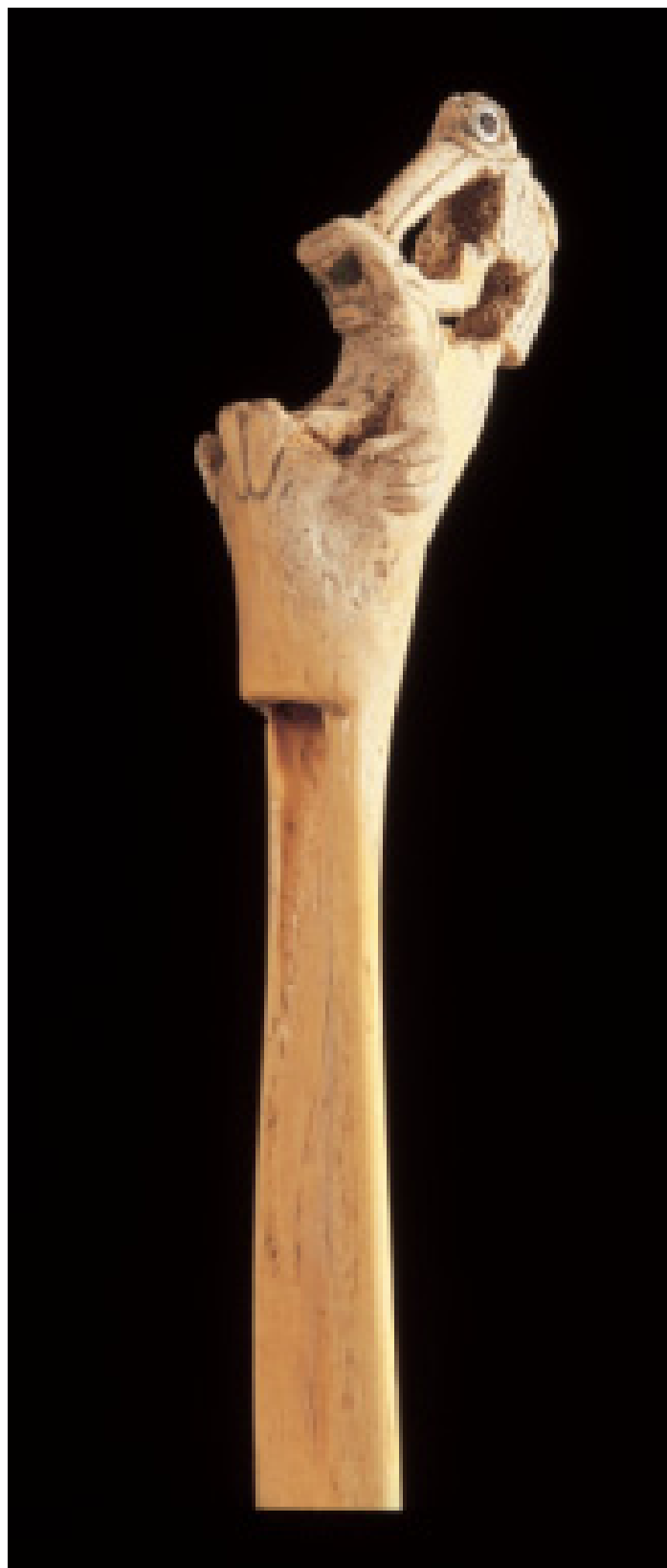


Fig. No. 75.- Escena esculpida utilizando la forma abultada del trocante mayor.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSC-001-A10)



Fig. No. 76.- Mano y antebrazo decorados con motivos grabados.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (Xsc-049-028)

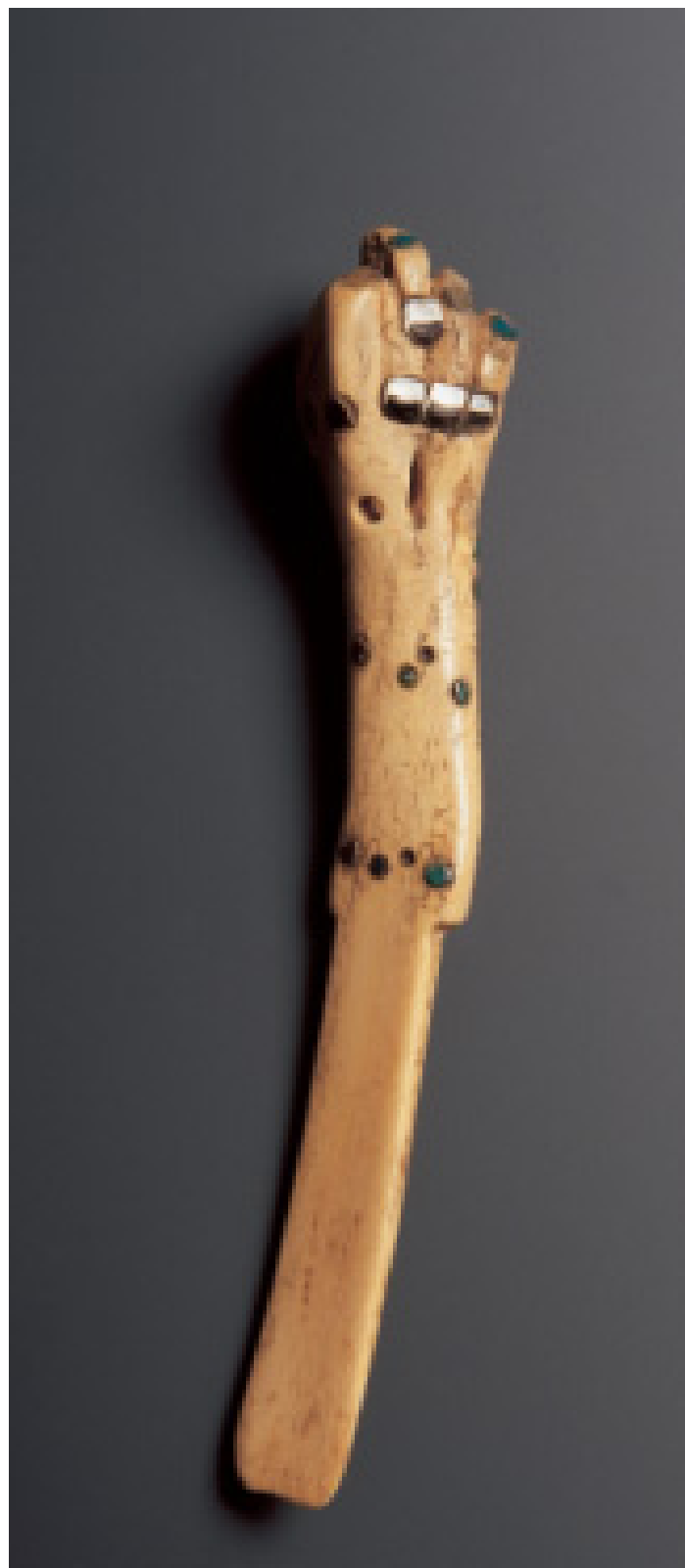


Fig. No. 77.- Mano tallada en hueso con incrustaciones de concha
de perla y turquesa.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSC-049-028)



Fig. No. 78.- Mangos de estólicas tallados en cuernos de venado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-033; XSc-049-034; XSc-049-035; XSc-049-036)



Fig. No. 79.- Representación felínica de hueso. Nótese el colorido para hacer resaltar el tallado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-031)



Fig. No. 80.- Admirable composición esculpida a base de un cuerno de venado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-034)



Fig. No. 81.- Exponente de tallado en hueso. Nótese las huellas del taladro.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-050)



Fig. No. 82.- Utensilio del escriba.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-049-029)



Fig. No. 83.- Taladros de cobre.

Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSM-002-A20; XSM-002-A21; XSM-002-A22; XSM-002-A23; XSM-002-A24)

complicadas se esculpían cabezas y cuerpos de hombres, animales y bustos de divinidades y demonios.

Embelllecían estos trabajos con incrustaciones de turquesa, lapislázuli y coral.

El deseo de conocer la técnica que empleaban los mochicas para manufacturar los cientos de miles de cuentas de coral, concha, erizo, madreperla y hueso que posee el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera nos indujo a efectuar un estudio paciente, que nos ha permitido llegar a las siguientes conclusiones: empleaban para este trabajo taladros de dos tipos: unos que se manejaban con la mano, usando presión sobre un disco colocado en uno de los extremos, y otros propulsados por la torsión de una cuerda alrededor del vástago, sistema muy similar al que utilizan hoy los orfebres. Todos los taladros reproducidos en la figura

No. 83 tienen un peso en el extremo opuesto al punto perforante, que servía para dar estabilidad y velocidad al taladro. A uno, dos o tres centímetros de éste, de acuerdo con el tamaño de la herramienta, un hueco atraviesa la varilla de un lado a otro. Este hueco servía para sostener la cuerda que le daba la fuerza, y cuyos extremos eran atados a una pieza redonda con un hueco al centro por el que pasaba el taladro. Con un movimiento de arriba hacia abajo, y viceversa, se impulsaba el taladro, que giraba a gran velocidad hacia la derecha y hacia la izquierda. La punta de los taladros, hecha de cobre, era cuidadosamente templada por un procedimiento que no conocemos, que la endurecía al punto de ser muy difícil rasparla con un cuchillo; en cambio, el resto del vástago tiene la suavidad característica de este metal.